

WAGNER Y MI CAMINO HACIA BAYREUTH



Houston Stewart Chamberlain

WAGNER Y MI CAMINO
HACIA BAYREUTH
(1919)

Edición e introducción de
Blas Matamoro

fórcola
Singladuras

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Richard Wagner, ca. 1870, fotografía de Franz Hanfstaengl

Título original: *Mein Weg nach Bayreuth.*

De la obra *Lebenswege meines Denkens* (1919)

© De la edición y la introducción,

Blas Matamoro, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-19175-2019

ISBN: 978-84-17425-35-7

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

| | |
|---|-----------|
| INTRODUCCIÓN | 7 |
| Un inglés en la corte de los Wagner, por Blas Matamoro | |
| NOTA A LA EDICIÓN | 45 |
| Wagner y mi camino hacia Bayreuth... | 47 |
| Introducción | 51 |
| El Sol de mi vida | 55 |
| Recuerdos de infancia | 62 |
| El nombre de Richard Wagner | 79 |
| Beethoven | 83 |
| Interlaken. Primer contacto con el genio de Richard Wagner | 92 |
| Comienzos musicales | 94 |
| El primer Festival de Bayreuth desde lejos . | 101 |
| Primeras experiencias escénicas | 121 |
| Ensayo para las «Bayreuther Blätter» | 137 |
| Florencia y las artes visuales | 143 |
| Ginebra: Ruthardt y Anton Rubinstein | 151 |
| Bayreuth 1882 y el maestro | 158 |
| Bayreuth como patria del alma | 174 |
| BIBLIOGRAFÍA | 179 |
| PEQUEÑA GUÍA BIOGRÁFICA | 181 |
| ÍNDICE DE OBRAS DE RICHARD WAGNER | 185 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO | 187 |

INTRODUCCIÓN

Un inglés en la corte de los Wagner

Blas Matamoro

BIOGRAFÍA DEL APÁTRIDA

Pocos recuerdan y nadie lee ya a Houston Stewart Chamberlain (1855-1927). En especial en castellano se advierten estos extremos, pues fue apenas traducido en su tiempo. Estas lejanías lo hacen fácil objeto de reducciones que aprietan su abundante obra hasta exprimir tres o cuatro pequeñas fórmulas destinadas a notas al pie y apartados de manual.

En lo relativo al texto que sigue al presente, Chamberlain merece haber sido titulado conductor espiritual de Wahnfried, la casa de los Wagner en la colina de Bayreuth. En efecto, allí le tocó morir, paralítico y mudo, a veces lagrimeando en brazos de Hitler y otros dirigentes nazis. Se había casado en 1908 con una hija del músico, Eva, y dejado su firma en folletos, artículos y algunos libros, de los cuales el más señero es *Los fundamentos del siglo XIX*, publicado en Viena en 1899 y que alcanzó numerosas ediciones en el mundo germánico, más alguna traducción europea. A pesar de ser inglés de nacimiento y francés de educación,

sus textos están escritos en alemán y ya se verá por qué.

De la literatura chamberleniana se desprenden algunos indicios de ideología, es decir, que no hay en ellos ciencia ni filosofía sino literatura escrita por un diletante, como él mismo precisó al definirse. Sintetizando: fue alguien que escribió lo que le era dilecto, lo que le producía placer. Por ejemplo: la raza blanca, nórdica o aria ha permitido, por flaqueza liberal, que el mundo esté dominado por los judíos. Toca a los arios germánicos recuperar la supremacía, en nombre de la selección natural que acomoda por arriba a las razas superiores. Bien hacían, pues, griegos y romanos cuando exponían a sus niños defectuosos para que los dioses se llevaran sus almas velozmente fuera del mundo, dejando a las aves carroñeras el resto. En todo caso, hay que tener cuidado con los judíos, que suelen disimularse sin dejar de serlo. Acaso lo más práctico sea el gueto.

Así comprimido, Chamberlain se muestra polvoriento, antipático y prescindible. Sin embargo, mirado de cerca, se ve que el momificado intelectual resulta bastante sensible a las cosquillas. Ante todo, por una biografía de romántico apátrida. Hijo de una empinada familia inglesa, en parte vinculada con la aristocracia de la Real Armada, un mal matrimonio de sus padres lo encomienda a una abuela y una tía que viven en Versalles. Se educa en francés siendo inglés, apartado de sus padres como si se tratase de un expósito. La patria

empieza a ser para él una detestable lejanía, tanto que se ve con su padre sólo unas escuetas semanas de cada verano, durante unas vacaciones suizas. En fin, que Inglaterra se le vuelve un motivo de fobia, a la vez que Francia no es capaz de arraigarlo porque las mujeres que lo crían son allí unas extranjeras, encantadas con la proximidad de París, pero extranjeras sin más, *des femmes métèques*.

Esta ausencia paterna, extensible a la patria como tierra del padre, lo convierte en un huérfano y un apátrida. Como a quien le falta algo no hace más que buscarlo, así Chamberlain con su patria. La encontró en Alemania. En ella radicaba su padre, es decir no su papá biológico y jurídico, indigno de tales roles, sino un padre simbólico: extraordinario, luminoso y radiante como el Sol. Fue Richard Wagner, el sol de su vida, según él mismo lo metaforiza.

La falta de paternidad lo convierte en un diletante, es decir en un vagabundo de los saberes, al cual el mundo le vale como paisaje de las desorientaciones. Desde ya, en medio del disperso panorama, hallará el sendero que lleva a Bayreuth. Quede para luego. Entretanto, el diletantismo es una herramienta creativa, hasta epistemológica. Ajeno a la filosofía, que se ocupa de abstracciones, se inclina al saber del arte, que se hace cargo de la vida concreta. Alcanza la verdad interna de las cosas por medio de la intuición, la contemplación de lo inalcanzable, una suerte de sabiduría que se logra estáticamente hasta llegar a la revelación del mundo.

El joven estudia química de las plantas, piano, violonchelo, historia de la pintura, sin graduarse nunca en nada. Vive del dinero familiar, de la benevolencia amistosa, de un intento por ser agente de cambio y acabar arruinado. Se consuela con mujeres alegres y buscará la pareja con otras, más severas y mayores que él. ¿Madres? Pues madres. En efecto, su primera esposa, Anna Horst, le lleva diez años. Después, tras el divorcio, intentará sutilmente, sin conseguirlo, casarse con Cósima, la viuda de Wagner, dieciocho años más vieja. Finalmente lo hará con Eva Wagner (en su origen, Von Bülow, pues fue engendrada por el Maestro mientras Cósima permanecía casada con el otro maestro). Eva pintaba de solterona destinada a cuidar de su ilustre mamá, pero se convirtió en Missis Chamberlain. No quedan hijos de estas parejas. Lo importante es que Chamberlain, después de cumplir las etapas iniciáticas de su viaje a Bayreuth, se convirtió en yerno de Wagner, un suegro que apenas vio unos instantes de su juventud, como documenta el texto anunciado, y que reunía el carácter mundano de estar muerto y el carácter divino de ser inmortal.

En concreto, Chamberlain sólo hizo por Bayreuth dirigir la revista *Bayreuther Blätter*, sucediendo a Wolzogen*. En torno, cosechó escasas admiraciones. Veamos: era un pomposo creyente fingido, con alma estrecha de comerciante. Envidiaba a quienes habían conseguido lo que él, frustrado, nunca alcanzó, lo cual lo hizo resentido y

rencoroso. Aparentaba una vida de idílica familia pero lo que amaba de verdad era la francachela prostibularia. Cerrado el capítulo de cotilleo, indispensable en toda historia familiar.

Chamberlain colaboró, ciertamente, con la hagiografía de Wagner. Y, como en toda hagiografía, hay que evitar las sombras. Sometido a Cósima y a Eva, las ayudó a quemar cartas molestas del archivo familiar. También se expurgaron los diarios de la viuda y las memorias de Wagner. De estos escrutinios surgieron las biografías de Glasenapp* y del propio Chamberlain, las primeras en mostrar la deriva heroica de Wagner a través de la historia de Alemania.

Un poco de todo esto hay en las páginas de *Mi camino hacia Bayreuth*. Están concebidas como un itinerario iniciático del discípulo hacia el maestro, desde las penumbras del mundo hasta la luz del Sol. Es fácil advertir sus exageraciones, idealizaciones y mentirijillas. Pero estas tres categorías hacen a la verdad de nuestros deseos, es decir que, finalmente, máscara o maquillaje sobre el rostro, nos retratan. Además, documentan la potencia carismática de Wagner, el hecho de que su figura resultara fascinante aun para quienes conocían mal o ignoraban imperialmente su obra. Sin duda, para el imaginario europeo que se erigía en triunfador en medio de la decadencia, al señor de Bayreuth resultó una referencia ineludible.

UN DILETANTE DE LA HISTORIA

Lo anterior acaso sirva para diseñar un perfil romántico. Romanticismo: vagabundaje por un mundo que se muestra como extraño, en busca de una patria perdida o nunca poseída, tan remota que se vuelve dorada utopía, isla feliz donde todos nuestros deseos se cumplen y todas nuestras preguntas hallan justas respuestas. Chamberlain circuló igualmente por varios espacios del saber para recalcar en la literatura. Literatura quiere decir lectura, y nuestro hombre leyó en abundancia, confiado en que los escritos del pasado tuvieran que decirnos algo indispensable. Zarandeada la cosecha, a Chamberlain le quedaron más perplejidades que aparentes certezas, y esta encrucijada es el único interés que tienen hoy sus libros. Con cierto candor y en medio de un mundo sanguinolento como la Europa del siglo xx, dice lo que no quiere decir pero desea que todos conozcamos.

En el tema de la clasificación racial de los seres humanos, la tradición que llega hasta él es abundante. Remito al lector a quienes la han trabajado, como Antonello Gerbi en *La disputa del Nuevo Mundo* y Tzvetan Todorov en *Nosotros y los otros*. En el siglo xix es muy difícil, si no imposible, hallar a algún pensador que no la tuviera en cuenta.

El más cercano a Chamberlain es Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882), autor de varios estudios sobre culturas de Oriente, el Renacimiento europeo y un clásico del racismo: *Ensayo sobre la*

desigualdad de las razas humanas (1853/1855). Identifica –nos identifica, por la parte que nos toca– a una raza mediterránea, degenerada por su mestizaje, extendida por parte de Irán y que cubre el sur de Italia y de España. Por debajo de ella están los negros, inferiores en lo intelectual por su mala alimentación.

Chamberlain lo cita no sin reparos. Es uno de los tres franceses que invoca, junto a Taine y Renan, evitando a Bergson, al que debe lo suyo, seguramente por ser judío. Conste de paso que tanto Chamberlain como Gobineau negaron ser antisemitas.

Del segundo toma el primero el tripartito racial que divide a los blancos en semitas, arios y mongoles. Los negros quedan fuera de juego, acaso por ser dudosa su humanidad, lo mismo que los esquimales. En todo caso, lo que caracteriza a una raza es su pureza, hecho improbable, y así Chamberlain acaba admitiendo que ciertos mestizajes resultan útiles al mejoramiento que hoy llamaríamos genético. La fórmula que prefiere es la mixtura ariomongólica. Hasta llega a admitir que los judíos también son mestizos y que no les ha ido nada mal. Difiere de Gobineau, que los ve como bastardos de los fenicios y contrarios a la civilización, o sea a la concentración urbana de la vida social.

Quizá lo más fuerte de estas dizque teorías sea la negación de la existencia de la humanidad como especie, sustituida por una suerte de agregación colectiva de pueblos y naciones. En esto critica a

Gobineau por la simplificación de los rasgos dominantes: pilosidad, calidad cutánea. Se trata de datos más legendarios que históricos y verdaderamente antropológicos. Asimismo, la noción telúrica de Gobineau, la raza que desarrolla sus caracteres como una planta enraizada en un lugar durante siglos. Chamberlain no puede negar la importancia de las migraciones y su descontrolado mestizaje. Él mismo era un ejemplo vivo.

Gobineau, en tiempos de sus sucesores en la meditación de lo racial, ya iba quedando un tanto pintoresco. No era para menos. Se consideraba descendiente del dios germánico Odín (el Wotan wagneriano) y, más concretamente, nórdico desde un pirata noruego del siglo XI. Su noción del poder como un rasgo de ciertas familias que lo monopolizan, carece de fundamento apenas nos asomemos a las alcobas de las aristocracias. Perdidos los privilegios feudales, los señoriales de la nobleza togada (burocrática) del siglo XVII, tan favorecido en la Francia de Luis XIV, ya pierden todo supuesto carácter racial.

Gobineau sirvió, no obstante sus excentricidades, a cierto antisemitismo populista francés como el del marqués de Morés y la Liga Antisemita, muy efervescente durante el *affaire* Dreyfus, que llegó a cuestionar la identificación nacional francesa con la revolución republicana de 1789. En esa línea destaca Édouard Drumont (1844-1917), autor de *La Francia judía* y fundador del periódico *La Libre Parole*, en cuyas páginas sostuvo la teoría

de que los judíos eran una minoría extranjera que maneja a unos políticos corruptos, propios de la democracia liberal y parlamentaria. Proponía una formación parapolítica, la de los *gentilhombres sociales*, luego más claramente una plebecía anti-semita, rústica y provincial. Georges Bernanos les dedicó en 1931 su libro *El gran miedo de los bien pensantes*. Éste era, en buena medida, el clima intelectual de la Francia donde se educó el joven Chamberlain.

Pero incluso pensadores nacionalistas de distinta coloración tomaron distancia ante Gobineau, como Drieu La Rochelle en *Socialismo fascista* (1934). Charles Maurras, que alcanzaría a colaborar con la ocupación nazi de Francia y daría con sus ancianos días en la cárcel, en años anteriores veía el antijudaísmo de Gobineau como simplón, carnal y de sesgo alemán, una doctrina puramente teórica, fácilmente generalista y peligrosa porque eterniza el problema. Y vaya que Maurras lo pudo saber de cerca. Con todo, quede dicho que consideraba el conflicto con los judíos algo complejo, incluyendo la admiración que le producían ciertos semitas, entre ellos Robert Dreyfus, a quien su amigo Marcel Proust le escribía el 14 de mayo de 1905 sobre Gobineau: «Su concepción histórica de las tradiciones orales que consiste en interrogar a un *caballero normal* sobre las costumbres de un fabuloso rey, su inclinación al coleccionismo de piedras labradas y su afición a las pelucas, su insolencia ante los gustos del gran mundo, su

irritación cada vez que lo llamaban el buen Gobineau, ¡no sabes hasta qué punto me gusta todo esto!». Cabe recordar que Proust fue claramente defensor del capitán Dreyfus y se molestaba por el antidreyfusismo de ciertos amigos suyos como los hermanos Goncourt, Daudet y François Coppée, disculpando los prejuicios raciales de Musset, Baudelaire y Verlaine por tratarse de unos alcohólicos (*sic*).

Las consideraciones raciales de Chamberlain tienen que ver con otras derivas más o menos científicas de su tiempo, como la antropología de la degeneración de Lombroso y Max Nordau, y, en otro nivel epistemológico, las teorías de Darwin acerca del origen animal del hombre o, si se prefiere, del hombre como un animal más de la serie biológica. Chamberlain aceptaba ciertas categorías darwinianas como la evolución y la selección natural, hasta su culminación en la fórmula del progreso de Spencer y la supervivencia de los ejemplares o razas más aptos/aptas para la misma. Los límites entre lo humano y lo inhumano, su carácter mensurable o puramente cualitativo, se tornaron un tanto borrosos y difíciles de precisar con criterios estrictos de las ciencias naturales, en especial por desconocerse aún la genética que ha aclarado las cosas en tiempos más recientes. La vaga transición inquietó a la literatura llamada fantástica con personajes como los vampiros, las criaturas de laboratorio y aun los muñecos de madera que cobraban vida: Drácula, el engendro

del doctor Frankenstein, Pinocho. Aunque improbables, estas figuras diseñaron un imaginario que, como sabemos, es la manera oblicua de decir la verdad de nuestros deseos.

Otra fuente de Chamberlain es cierto darwinismo que excede, en su tiempo, a las investigaciones de Darwin para extenderse a otros dominios. Así aparece una metafísica darwiniana en el alemán Haeckel, así como una síntesis con el positivismo francés en Le Dantec, muy influyente en América Latina, donde la inmigración europea, la conquista y el choque con las culturas indígenas dan lugar a una escena de lucha por la vida entre razas superiores e inferiores. Incluso se apela al deber del hombre blanco de civilizar a los salvajes, por las buenas o por las malas, invocando a la ciencia.

Darwin había heredado de Malthus la categoría de selección natural, de Alexander von Humboldt la de evolución, y aunó a ellas la de progreso por medio de la supervivencia de los más aptos para sobrevivir, tomada de Spencer. Lo mismo que Wallace, que trabajaba en un campo similar, Darwin quiso ceñirse a la biología, pero no pudo evitar ser tomado como referencia sociológica por los darwinistas sociales norteamericanos. Por una parte, el evolucionismo era progresista porque veía en la evolución un proceso de complejización y refinamiento de las facultades humanas, y por otra, conservador, en tanto consideraba la sociedad como un organismo regido por leyes naturales y, en consecuencia, inalterables. Darwin,

por las suyas, si bien consideró esencial la herramienta selectiva de la evolución, no la juzgó única y dejó abierto el panorama a sucesivas pesquisas. Desde luego, no se le puede achacar el abuso de la clave selectiva natural aplicada a todos los órdenes del saber. Cualquier cosa, o sea ninguna, puede ser explicada por la selección natural, que acaba siendo un ejercicio de tautología.

La lucha por la vida, sin embargo, descifró el enfrentamiento de razas, individuos y clases. En su ayuda acudieron el *liberismo* económico, la política del *laissez-faire* en el mercado y el individualismo egoísta como motor del desarrollo social.

Chamberlain cita a Darwin en cuanto a la lucha por la supervivencia de ciertas razas, prueba de su pureza. Lo considera una de las grandes figuras intelectuales del siglo XIX, un fuerte dissipador de supersticiones. También señala la fijación de ciertos rasgos físicos por la crianza y la educación, y su transmisión por la herencia. La lucha es la categoría fatal de la realidad humana. La paz, una mera fantasía. Desde luego, Chamberlain no desdeña la fantasía pero la sitúa en el mundo del arte, a la vez que rescata al Darwin científico y lo rechaza como filósofo.

En rigor, nuestro inglés se inclina más por un derivado del darwinismo que es la eugenesia de Francis Galton y Karl Pearson, que subrayan la selección natural y la herencia pero proponiendo una política social que colabore con la naturaleza, si ello fuera posible. Hay que seleccionar a los

racionalmente mejores para mejorar a la humanidad. De aquí a ciertos atroces experimentos nazis hay un paso, como es sabido, pero Chamberlain había muerto cuando se llevaron a cabo. No pasó de la etapa colonialista, cuando la raza blanca conquistó el mundo para llevarlo a su más alta expresión. En cuanto a los paladines del *arianismo*, los pueblos germánicos, perdieron la guerra mundial, demostrando ser más débiles que sus enemigos. Si la historia seleccionó, lo hizo al revés que las propuestas de Chamberlain.

Las menciones a las razas en sus obras son incontables pero su categorización no es un ejemplo de estrictez. Raza es pureza, lo contrario de mixtura. Produce ciertos rasgos físicos que la identifican y que se fijan por la cultura y la herencia. Chamberlain propone dos ejemplos supremos: los judíos, que se han mantenido puros a pesar de la diáspora, y los indios, gracias a la sociedad de castas que castiga los mestizajes. Son los aristócratas de una humanidad que ha devenido una plebe bastarda. Es tarea de los germanos restaurar la soberanía aria por la fuerza y la dominación sobre las dispersas naciones. En tanto, el mestizaje estropea las razas y acaba provocando su decadencia.

Es necesario que una minoría noble, racialmente pura, se imponga a la mayoría. El ideal es la unidad pero la propuesta chamberleniana divaga por un jardín borgiano de senderos que se bifurcan. Los germanos heredan a los indios y coinciden con los judíos pero no quieren mezclarse con ellos. A

su vez, hay judíos germánicos que entrarían en la noble minoría, y judíos sefarditas, o sea africanos, que han de ser descartados. La fórmula parece tripartita pero los números no cuadran. Más vale, en tal caso, invocar a la divinidad. Lutero lo ha dicho: «Dios gobierna el mundo por medio de selectos y escasos héroes y príncipes». Chamberlain los denomina príncipes del espíritu aunque apela también a la pureza de la sangre. Estamos en terreno histórico.

La historia empieza con el nacimiento de Cristo. Los pueblos precristianos carecieron, en sentido estricto, de historia porque sólo puede ser histórico aquello de lo que tenemos conciencia en el presente. En consecuencia, siguen careciendo de historia aquellos pueblos que no han llegado al cristianismo, que no han tenido contacto con él, los que en tiempos de Chamberlain los antropólogos como Lévy-Bruhl denominaban pueblos naturales.

En esta encrucijada, a nuestro inglés y otros escritores cercanos a lo suyo se les presenta el entripado del judío Cristo. Chamberlain opina que no era semita y, a falta de un retrato fidedigno que lo pruebe, basta con saber cómo actuó: maldecía el dinero y el comercio, cerraba la entrada celestial a los ricos. Otros han ido más lejos. Hitler sostenía que Cristo era griego; Himmler, que era hijo de un soldado romano de servicio en Galilea, donde embarazó a una muchacha de nombre María, luego heredera de la milagrosa leyenda de la parterogénesis.